

CITAR CITAS: AL ENCUENTRO DE UNA LECTURA DE *DESARTICULACIONES*, DE SYLVIA MOLLOY¹

Carlos FRATINI
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA / CONICET

La literatura es la sombra de la buena conversación

En 2019 le pedí a David, dueño de El Barquero, una librería de Necochea, que me reserve un ejemplar de *Varia imaginación*. La edición, de Beatriz Viterbo, estaba descatalogada y era muy difícil de conseguir. En los estantes de El Barquero vi por primera y única vez ese ejemplar “incunable”. Vi otros también, uno produjo una marca: las crónicas de Marcel Proust traducidas para la editorial Santiago Rueda, creo, única edición en Argentina desde entonces – pocas veces me he enfrentado a un castellano tan complejo, con las marcas evidentes del pasaje de una lengua a otra. De *Varia imaginación* me atraía el título (como luego me atraería *En breve cárcel*), que proviene del soneto “A un sueño”, de Góngora, y que coincide con otro texto fundamental de la literatura argentina, *Sombras suele vestir*, de José Bianco (1941), que abreva en el mismo poema para crear el nombre de su relato. Bianco y Molloy, entonces, parecieran dialogar a través de ese poema, quizás bajo la forma de un homenaje al maestro, quizás como las conversaciones que efectivamente existieron entre ellos, quizás como los personajes de *Sombras suele vestir*, que discuten largamente en la semipenumbra de un salón iluminado por un hogar. Lo decía Goethe, citado en Pedro Henríquez Ureña al referirse a la obra de Alfonso Reyes: “la literatura es la sombra de la buena conversación” (HENRÍQUEZ UREÑA, 2020: 117).

La literatura es la sombra de la mala conversación

En el libro *Desarticulaciones*, de 2010, Molloy esboza una relación fragmentada sobre ML., una amiga que progresivamente pierde la memoria a causa del Alzheimer. Debemos entender *relación* en el doble sentido de la palabra: como relato y como vínculo. En efecto, el libro discurre sobre el estado actual y pasado del vínculo entre dos amigas, que se ha visto afectado por la enfermedad. En este punto podemos pensar que toda la obra gira en torno a “la mala conversación”, es decir, a una conversación plagada de equívocos, *lapsus*, vacíos en la memoria y en el discurso. Molloy invierte la ecuación de lo que es o debería ser la literatura según Goethe – toda definición es, de por sí, insuficiente, limitada – y escribe, expone, viñetas de la enfermedad de ML., acaso como una forma de hacer un duelo por la memoria compartida que se pierde. Podría pensarse, entonces, que la disminución creciente de la memoria en ML. es inversamente proporcional a lo que se genera en la escritura de Molloy, un exceso de memoria y de registro: la *desarticulación* de ML. es la *articulación* textual de Molloy, fragmentada, equívoca, errante, por supuesto, pero articulación al fin². La mala conversación,

¹ Una primera versión de este texto fue leída en el VI Coloquio Internacional “Literatura y vida”, en la Facultad de Humanidades y Artes, de Rosario, el jueves 5 de octubre de 2023.

² “Un yo que mira, oye, registra, testimonia para mostrar cómo los materiales, “pedacitos” del pasado (nombres, escenas, figuras, blancos, gestos del cuerpo, olvidos) retornan pulverizados, desconectados pero sostenidos en un título único, breve, sustantivo. Es esta misma condición que adquieren los recuerdos por el trabajo que realiza la enfermedad es la que reclama el fragmento, como si contenido y forma no pudieran separarse, como si no hubiera otro modo de narrar el Alzheimer sino es bajo este discurrir fraccionado. Las operaciones de la enfermedad parecen confirmar una y otra vez un principio literario” (DOMINGUEZ, 2021: 78).

entonces, es la que motoriza la escritura, en tanto registro de un pasado compartido que se vuelve fugaz, en tanto memoria que progresivamente se hace unívoca, unilateral:

No puedo acostumbrarme a no decir “te acordás” porque intento mantener, en esos pedacitos de pasado compartido, los lazos cómplices que me unen a ella. Y porque para mantener una conversación –para mantener una relación– es necesario hacer memoria juntas o jugar a hacerla, aun cuando ella –es decir, su memoria– ya ha dejado sola a la mía (MOLLOY, 2016: 33).

En adhesión, la pérdida de la memoria supera los límites de *Desarticulaciones* cuando, en el trabajo de citarse a sí misma, Molloy retoma las conversaciones con ML. en los fragmentos “Ecolalia” y “Reconocimiento”, del libro *Vivir entre lenguas*, de 2015. Esto deja entrever que la progresión de la enfermedad es, simultáneamente, la progresión no solo de un libro, sino de los alcances, recurrencias y temas de una obra.

Desencuentro

Desarticulaciones está plagado de citas literarias o, mejor dicho, de nombres propios que se corresponden con la literatura y que alguna vez fueron parte de la memoria compartida entre ML. y la narradora, principalmente Borges, Darío, Rulfo. Existen, además, otras citas no literarias, que pueden darse o no en la conversación entre las dos amigas, pero que efectivamente se dan en la escritura: citas de la memoria, escenas vitales, escenas cinematográficas, diálogos, definiciones de diccionarios, letras de tango, palabras sueltas, formas de cortesía de la doxa burguesa, voces, silabeos –todas partes de una constelación, una “Colección Molloy”, que se actualiza y se deja ver a lo largo de sus últimos libros. Ahora bien, ese trabajo de cita se da en dos órdenes: por un lado, en el encuentro con ML., que pone a funcionar la memoria propia por las dos interlocutoras, y por otro, y simultáneamente, como *texto*, sea literario o no. Esto quiere decir que concebimos la cita en una doble acepción: como encuentro y como fragmento venido de otra parte. Esta división no supone *a priori* una exclusión entre acepciones, sino más bien una continuidad, un tránsito a través del cual se vehiculiza el recuerdo, la escritura, el pasado y el presente comunes. En los fragmentos “Trabajo de cita” y “Cumpleaños” podemos ver algo de esta intuición. En el primero, la narradora cuenta que ML. recuerda citas y fragmentos literarios repentinamente, como sonidos, “pedacitos” (MOLLOY, 2016: 25). Ante la pregunta de por qué rememora ciertos versos, ML. responde que probablemente deba ser porque, cuando chica, le gustaban algunas de esas palabras raras. La narradora juzga inteligente la suposición y acto seguido se pregunta cómo puede suceder que esa persona que ha reflexionado tan lúcidamente sea la misma que pregunta “por enésima vez si hace frío afuera y si quiero tomar el té” (MOLLOY, 2016: 25). Aristófanes, Borges, el himno nacional, los versos de corte neoclásico vuelven (o llegan) como citas en boca de ML., citada a su vez por Molloy. Esas voces textuales surgen de una cita en tanto desencuentro, como sucede también en “Cumpleaños”:

Dentro de dos días es su cumpleaños, le traigo un regalo por adelantado, un equipo estereofónico porque el suyo se ha descompuesto y la música la acompaña cuando ya no lo pueden hacer los libros. Coloco un CD de tangos que encuentro allí, no cantados pero ella los tararea, pedacitos de letra que le quedan, yo adivino el parpadeo, volver con la frente marchita las nieves del tiempo, no habrá más penas ni olvido, desde que se fue triste vivo yo, mientras estudia minuciosamente el mensaje que le he puesto en una tarjeta de cumpleaños, desconcertada, como queriendo entenderlo mejor (MOLLOY, 2016: 31).

Tenemos, en principio, el encuentro, la visita de la narradora, el obsequio. Luego la enumeración de letras de tango, que se da de una manera muy particular. Molloy pareciera no solo citar fragmentos textuales, sino la propia voz de ML., que repasa esos “pedacitos de letra

que le quedan”. Los versos aparecen en el fragmento sin hiatos, sin puntuaciones, como si Molloy accediera a que la voz ajena ingrese en la propia sin mediaciones formales, como si la escritura encontrara su motivo vital en la captura de una escena de interlocución: “La cita es ir al encuentro del otro en el afán de encontrarse a una misma”, dice Molloy en una entrevista con Adriana Amante (2021: 21). Y sin embargo, en *Desarticulaciones* ese encuentro es casi siempre trunco, una caja de ecos, pero de sí misma, un diálogo inconcluso entre la narradora, que es la que recuerda, la escriba, y ML., que trata de entender la tarjeta de cumpleaños, azorada, paladeando unas letras de tango que llegan desde el vacío.

Una casa de otra época

“Yo no soy buenamoza, yo no soy buenamoza, ni lo quiero ser, ni lo quiero ser, porque las buenamozas, porque las buenamozas, se echan a perder, se echan a perder” (MOLLOY, 2016: 52). Así como la voz de ML. queda capturada en el tarareo de tangos, también puede ser escuchada en esta canción, en un momento en que pareciera reencontrarse con la narradora. Cantan juntas estos versos de infancia, entrecomillados, de otra época, lo que da una idea de lo expansiva que es la configuración del citado en este libro. Explica Molloy, en la entrevista ya mencionada: “Lo que más me interesa, el primer motor de escritura fue no tanto citar un texto escrito como citar cierta entonación, una cierta manera de hablar” (MOLLOY, 2021: 22). Existiría entonces una afectividad compartida: “Buenamoza” no fue cantada antes por ambas (ML. y la narradora), no forma parte de la historia común, sino que pertenece a un espacio de la infancia por el que las dos transitaron separadas. Lo que se comparte es la entonación, la dicción de esos versos y es, en ese punto, que la conciencia de la voz narradora se percibe en la voz de ML., por un instante se encuentra con ella, se reconocen.

El último fragmento de *Desarticulaciones*, “Lengua y patria” propone algunas de las líneas que Molloy desarrollará también en otros de sus libros: *Varia imaginación* (2003), *Vivir entre lenguas* (2015) y *Citas de lectura* (2017). La narradora detecta una sensibilidad común con ML. para hablar con palabras y expresiones caídas en desuso, *insignificantes restos de patria*, como se lee en *Vivir entre lenguas* (MOLLOY, 2016: 29), naturales de un castellano rioplatense en el que Molloy se acerca a su interlocutora y se desencuentra con otros compatriotas que no reconocen esos giros. Así aparecen palabras y expresiones como *porrazo*, *mangangá*, *creída*, *chúcara*, *a la que te criaste*, *qué me contás* (MOLLOY, 2016: 72)³. Se trata, como decíamos antes, de voces que conforman una Colección Molloy, un repertorio paradigmático y dinámico, una serie de elementos que la autora pone en valor para escribir los pliegues sonoros de la memoria en la literatura.

Escritura y crítica

Tras la muerte de Sylvia Molloy, la revista *Chuy* le dedicó un *dossier*-homenaje en el que participaron algunos escritores y escritoras (académicos, en su mayoría) cercanos a su vida y obra. Vida y obra: aquello que todavía puede leerse en las biografías clásicas (“Vida y obra de Domingo Faustino Sarmiento”, “Vida y obra de Charles Darwin”...), pero también en la propuesta estética de la propia Molloy, en sus bifurcaciones ensayísticas y ficcionales. Si en efecto su literatura abreva en una tradición en la que la literatura y la vida forman parte de un continuo discursivo, su vida y su obra serán, sino una misma cosa, un material *facticio*

³ Esta última frase es atribuida especialmente a la oralidad de José Bianco en “Libro y amistad”, de *Citas de lectura* (MOLLOY, 2017: 42). Al respecto de las palabras citadas, es interesante el trabajo de traducción que realiza Jennifer Croft en *Dislocations* (2022), su traducción *Desarticulaciones*. Allí *porrazo*, *mangangá*, *creída*, *chúcara* se mantienen en el español, como reducto intraducible de una lengua a la que solo acceden M.L. y Molloy, pero no los/as lectores/as del inglés.

(MOLLOY, 2018: 61) de alcances amplios y difusos para la crítica, que observará hasta qué punto la experiencia y las citas de lectura –y escritura– conviven en sus intervenciones. En este sentido, el artículo “La cita robada o los laberintos de la memoria de Molloy”, de Adriana Amante, publicado en ese *dossier*, reconoce esta particularidad de su obra y la pone en práctica: entre los cruces genéricos, Amante desliza fragmentos titulados con fecha de mes y año (AMANTE, 2021). En esos espacios relata algunas de sus experiencias como estudiante de la NYU, con Molloy como figura tutelar, como interlocutora privilegiada. De esa forma, el trabajo crítico de Adriana Amante revela lo que el propio objeto de estudio: no puede darse cuenta de la totalidad de la experiencia y de la lectura, sino de su parcialidad y de su signo fraccionado, rodeándolos.

Interpolación del Diario del de Lengua

El otro día un curso vagueó demasiado, hizo uso y abuso de una práctica ociosa que conozco muy bien, que consiste en identificar los intereses más íntimos del profesor para hacer de la clase un mar de derivas. No caí en la trampa. La ganancia está en perder tiempo haciendo que el docente se entusiasme hablando y olvide lo que tenía pensado para el encuentro. Digo que conozco muy bien este método porque lo practiqué cuando era estudiante secundario, precisamente en la clase de Literatura. Teníamos una profesora clásica, tremendamente conocedora de la disciplina, cuyo mayor estandarte eran las guías de preguntas. Veíamos *Martín Fierro* o Borges y, si bien había destellos, éramos muy pocos los que verdaderamente nos sentíamos interpelados por esos temas. Entonces mis compañeros me incitaban a preguntar todo lo habido y por haber, con lo que en gran medida todos nos beneficiábamos: nadie tenía tarea para casa y yo, en esas indagaciones infinitas, me iba transformando en parte de lo que soy. Esto es: no he podido, desde esas clases, escapar totalmente de la gauchesca, mucho menos de la sombra terrible de Borges –aunque no es de Borges de quien me cuesta irme totalmente, tampoco de su sombra, sino de un sonido, uno en particular, por la dicción del nombre propio en boca de la profesora que no decía /Borges/, sino /borgess/, deteniéndose en el último fonema, haciéndolo durar, exagerándolo, pronunciando sobre el sibilante uno anterior, pero simultáneo, como si en esa duración agregada se rindiera un homenaje implícito, una manera de quedarse en el escritor, sostenerlo en el tiempo, hacerlo reverberar, de decir a través de él: atención, porque lo que estoy diciendo es el nombre del maestro.

Una “memoria comunista”

En el último capítulo del libro *Una intimidad ofensiva* (2016), Tamara Kamenszain traza el derrotero común de *Desarticulaciones* y *El eco de mi madre*, un libro de poemas de su autoría que fue publicado, al igual que el de Molloy, en 2010. Ambas se leyeron entre sí, intercambiaron los manuscritos, los estadios iniciales de textos que compartían, desde distintas formas, la enfermedad, la desmemoria de una otra: M.L y la madre. Kamenszain, que cita a Molloy en su libro, reconoce que no sabe qué estuvo antes, si las ideas de su amiga Sylvia o las propias, porque en el flujo de información, en el intercambio, las obras se contaminaron difusamente. Para el caso, no importa qué fue antes, qué fue después, y Kamenszain esboza el concepto de una “memoria comunista”, es decir, la escritura de un común olvido que se dio en la relación con Molloy. Si bien una lectura de *El eco de mi madre* excede el objeto de este texto, resulta pertinente marcar una conexión fundamental con *Desarticulaciones*: el trabajo de citas de Kamenszain funciona como un motor en la experiencia de la enfermedad de la madre. La voz íntima de los poemas es, en verdad, una voz que se colectiviza, que se vale de otras voces (las de Molloy, Coral Bracho, Diamela Eltit, Lucía Laragione) que suelen aparecer como epígrafes o paráfrasis, que atravesaron circunstancias de escritura y enfermedad similares a las de Kamenszain y que, por lo tanto, conforman una red de citas, una “memoria comunista”; una

constelación a la que quisiera agregar dos libros de poesía y uno de no ficción: *La mujer de al lado*, de Liliana García Carril (2004), *Alberta*, de Fernanda Mugica (2014), y *Coisas presentes demais*, de Flávia Péret (2025).

Un renglón a otro

La dedicatoria que Sylvia Molloy escribe en el inicio de *Las letras de Borges y otros ensayos*, de 1979, dice: “Para María Luisa Bastos que un día me dijo que leyera a Borges”. Si bien en *Desarticulaciones* la autora pretende tachar, ocultar el nombre propio, podemos convenir que la personaje ML. tiene una representación realista-íntima (KAMENSZAIN, 2016) en María Luisa Bastos. Quisiera detenerme aquí en el capítulo VI de *Las letras de Borges*, que Molloy titula “Placer y desconcierto: la desarticulación del hiato”. Después de adentrarse en la ruptura que Borges plantea sobre la linealidad y la sucesión narrativa en literatura, Molloy analiza y cita algunas lecturas borgeanas, en las que el autor habla de personajes de Swift que han perdido la capacidad de conversar, de leer, porque “la memoria no les alcanza de un renglón a otro” (MOLLOY, 1999: 144). Como estos personajes salidos del Borges lector, M.L. se desmemoria fragmento a fragmento en *Desarticulaciones*, en efecto, se fragmenta, para que, en los hiatos, en las perturbaciones de las citas, se articule, finalmente, una escritura.

BIBLIOGRAFÍA

- AMANTE, Adriana (2021), «La cita robada o los laberintos de la memoria de Molloy», en *dossier Todo sobre Molloy*, en *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, número especial, Buenos Aires, UNTREF.
- DOMINGUEZ, Nora (2021), «Encuentros afectivos en el universo de Molloy», en *dossier Todo sobre Molloy*, en *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, número especial, Buenos Aires, UNTREF.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (2020), «Alfonso Reyes», en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Santo Domingo, Editorial Búho.
- KAMENSZAIN, Tamara (2010), *El eco de mi madre*, Buenos Aires, Bajo la luna.
- (2016), *Una intimidad inofensiva. Los que escriben con lo que hay*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- MOLLOY, Sylvia (1999), *Las letras de Borges y otros ensayos*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- (2015), *Vivir entre lenguas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- (2016), *Desarticulaciones*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- (2018), *Citas de lectura*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- (2022), *Varia imaginación*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- (2022), *Dislocations*, traducción de Jennifer Croft, Edinburgh, Charco Press.